

## **Apartes de un artículo de prensa:**

### **La lucha de los indígenas jaibanás**

**El Tiempo - Bogotá, Colombia - (Diciembre-02-2003)**

A tres días de viaje en canoa de Riosucio, el 15 de marzo, en la comunidad de Pueblo Nuevo, a orillas del Peranchito, fue encontrada colgada la niña embera Patricia Jumí, de apenas 12 años. El mes siguiente, Cecilia Domicó, una niña Katía de 13 años, apareció sin vida de la misma forma en el poblado. Y en la cuenca del Salaquí, el 26 de junio, los pobladores de Barranco se toparon con el cuerpo de Kety Salazar, de 15 años, la nieta del jaibaná Atensio, atada a una cuerda del cuarto de su casa. Los suicidios arreciaron en septiembre. A los ahorcamientos se sumaron las extrañas muertes de Ilda Nora Domicó, de 21 años, que no sobrevivió a la mordedura de una culebra, cuyo veneno no pudo conjurar ningún jaibaná en Pueblo Nuevo, y de la indígena Amparo Vergara Casama, de 23 años, que amaneció dormida en su cama de Turbo, a donde había sido enviada a estudiar. Desconcertados, los viejos indígenas solo se atrevían a decir que una epidemia de aburrimiento estaba acabando con sus hijos, porque ahora, con la guerra, todos viven con miedo de que los van a matar y no pueden cazar, pescar, ni traer mercado. Atensio, el jaibaná más veterano de la región, que tiene 19 bastones en los que guarda el poder de los espíritus buenos, fue el elegido por la comunidad. Luego del sonido de la cara cola, el jaibaná habló toda la noche en lengua embera con sus espíritus, agitando ramas de Sanpedrito, mientras en unas totumas les ofrecía aguardiente y les prendía cigarrillos. A las 4 de la mañana, después de quedar en la choza sólo botellas vacías y colillas de los cigarrillos. Atensio terminó su canto y les dijo a los asistentes: "Los indígenas no se están matando; esas muertes no son por voluntad propia. Espíritus malos se están metiendo en los indios débiles y tristes, y los están colgando. Son por los muertos de la guerra que no han sido enterrados". Dos días después de su premonición, Atensio volvió a invocar a los espíritus y después de otra larga noche, con más trago y comida, les confesó a sus hermanos que era muy difícil luchar contra ellos porque eran muy poderosos. Los jaibanás de estas tierras han perdido comunicación con la naturaleza porque cortaron los árboles y en los más grandes y viejos vivían sus espíritus buenos. En Quibdó, los miembros de la Orewa, la organización que reúne a todos los indígenas del Chocó, recomendaron al jaibaná wounan Jairo Javier Peña, que había luchado contra espíritus terribles en los pueblos del río San Juan. Lo llevaron en una canoa por el Truandó, para que comenzara su canto contra los espíritus malos. Tras una semana en el pueblo y luego de dos noches de canto, con aguardiente Antioqueño, cerveza y cigarrillos, les dijo a los líderes que había podido neutralizar al papá de los espíritus y que por ahora iba a haber calma, pero que sus hijos andan sueltos todavía por la selva. Les recomendó que les anunciaran a todas las comunidades que no podían estar tristes y que nadie podía decir que se quería morir porque los espíritus aprovechaban esa debilidad y se les metían en el cuerpo. A los hombres les pidió que no regañaran a los niños, que no pelearan con sus esposas y que no fueran a cazar solos. Sus palabras fueron ley para estas aldeas. El primero de este mes partió de Riosucio pero les anunció que regresará a visitar los otros ríos porque el arreglo no ha terminado y podría morir más gente. "El espíritu puede aparecer de diferentes formas: en ganado, en perro o en culebra. Todavía nadie en la selva está a salvo"